

petuo, porque llorará acordándose del convite en donde estuvo, y del aparejo que tuvo para salvarse, y de que por su descuido no se aprovechó de la buena ocasión, y llorará por la miseria que ahora padece, y el llanto será con crujimiento de dientes, por la rabia é impaciencia que tendrá en los tormentos, viéndose sin esperanza de salir de ellos. Todo esto mandará el Rey á los ministros ejecutores de su justicia, que son los demonios; los cuales, arrebatando al miserable convidado, le arrancarán de la casa del convite, que es la Iglesia, y le arrojarán en la cárcel del infierno, que es su morada. ¡Oh Rey eterno y Juez justísimo! Vuestros juicios son rectos, aunque terribles con los malos; yo me presento ante Vuestra Majestad, atado de pies y manos, no con cadenas de obstinación, sino con cadenas de obediencia, aparejado para no resistir á cuanto me mandareis. Confirmad, Señor, esta voluntad con las ataduras de la caridad, para que, siendo constante en amaros y obedeceros, llegue á veros y gozaros para siempre. ¿No tememos los rigores de la justicia divina? ¿Los hemos merecido en algún tiempo? ¿Qué nos dice actualmente nuestro corazón?

**Epílogo y coloquios.** ¡Oh cuán invencible es la paciencia de Dios! Vese menospreciado por muchos que desechan sus ofrecimientos; pero no se cansa, é insiste en llamar; si los ricos no son dóciles, llama á los pobres; si los sabios se hacen sordos á su voz, se dirige á los ignorantes; al fin logra que se llene su casa. Su palabra no cae en vano sobre la tierra; sus trazas se han de cumplir exactamente. ¡Quién no confiará en un Señor tan poderoso, que hace cuanto quiere en el cielo y en la tierra, y tan benigno, que, sin acepción de personas, admite á su mesa hasta los cojos, tullidos y gente más despreciada? Mas ¡ay de aquel que no se presente con el adorno de la gracia! Cuando el Señor visite en la muerte á los llamados, no podrá esconderse entre la muchedumbre; mal que le pese, será encontrado; y aunque todos sean buenos, si él solo es malo, caerá en las manos de un Juez rectísimo y Rey omnipotente, el cual, después de haberle ásperamente reprendido y avergonzado á la faz de todo el mundo con sentidísimas frases, le entregará á sus ministros para que eternamente le atormenten. ¡Oh dolor! Será atado de pies y manos, privado de libertad en horrible cárcel, obstinado en el mal, envuelto en palpables tinieblas interiores y exteriores, y presa de horrible desesperación, que se traducirá en amargo llanto y crujimiento de dientes, vivirá muriendo por toda la eternidad. Y ¿no tememos tan espantoso desenlace? ¿Hemos merecido alguna vez este castigo? ¿Nos hemos presentado delante de Dios sin el vestido nupcial de la gracia? ¿Hemos osado acudir á su divino convite de un modo que no nos hubiéramos atrevido á presentar delante de un hombre? En este caso, ¡ay de nosotros!... Pero no desesperemos; tratemos de desan-

dar lo andado, haciendo para ello aquellos propósitos que nos convenga. Pidamos gracia para cumplirlos, y remedio para todas las necesidades.

### 131.—PARÁBOLA DE LAS DIEZ VÍRGENES.

PRELUDIO 1.º La Iglesia se representa en diez vírgenes, cinco prudentes y cinco necias; todas las cuales se durmieron ó dormitaron hasta que llegó el Esposo.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de ser prudente y vigilar para cuando el Señor te llame.

**Punto 1.º** *Á quiénes representan las diez vírgenes.*—Considera cómo las diez vírgenes de la parábola representan á todos los hombres que pertenecen á la Iglesia de Jesucristo; y así como de estas diez vírgenes, cinco eran prudentes, porque tenían las lámparas encendidas y aceite para cebarlas, y otras cinco eran necias, porque tenían las lámparas, pero carecían de aceite; del propio modo, entre los que pertenecen á la Iglesia, aunque todos poseen la fe y las obras comunes de los cristianos, y todos están esperando la venida del Esposo, unos son prudentes y se aperciben con lo necesario para recibirle, y otros son necios, y proveyéndose de algunas cosas, dejan otras que son muy necesarias. Son necios aquellos que tienen lámparas, pero con muy poco aceite, ó del todo carecen de él; esto es, tienen fe, y no caridad; luz de verdades, y no el óleo de las virtudes; lámparas que lucen con obras exteriores, y no los afectos fervorosos de las obras interiores; tienen, á veces, devoción sensible que dura poco, pero carecen de la devoción substancial; tienen virginidad y entereza de cuerpo, y no la pureza y entereza del espíritu; tienen estado de perfección, y mucha imperfección con intenciones muy terrenas y groseras. ¡Qué necedad es esperar con tan mal aparejo á un Esposo que tiene ojos de lince y penetra lo más recóndito del corazón! Los prudentes, al contrario, como las vírgenes sabias, tienen lámparas llenas de aceite, y las vasijas bien provistas; porque tienen fe y caridad, luz de verdades y virtudes, obras exteriores é interiores, pureza del cuerpo y del espíritu, y, finalmente, todo lo bueno que ha de durar hasta la vida eterna. No se contentan con la fe que ha de cesar, ni con lo agradable á los hombres que acaba con la muerte, sino procuran la sabiduría del espíritu, la piedad y la caridad, que nunca desfallece, y la ropa de bodas que agrada al Esposo. ¡Oh prudencia y discreción digna de hombres cristianos, que obran lo que creen, y se aperciben de modo que puedan recibir lo que esperan! ¿La poseemos nosotros? ¿Somos prudentes ó necios? ¡Oh Dios de mi alma! Dadme esta prudencia y discreción, para que

1 Matth., xxv, 1. — 2 I Tim., iv, 8; Ephes., i, 17.

de tal manera aperciba y aderece la lámpara de mi corazón con luz de verdades y óleo de heroicas virtudes, que tenga todo lo necesario y bastante para esperar vuestra venida y parecer sin vergüenza en vuestra presencia.

**Punto 2.º** *Sueño de las vírgenes antes de la venida del Esposo.*—En este punto has de considerar cómo, tardando el Esposo, todas las diez vírgenes dormitaron y durmieron; porque las unas se entregaron á un sueño profundo, completamente descuidadas de la venida del Esposo que estaban esperando; y las otras, vencidas del cansancio y tibieza, se permitieron un sueño más ligero y corto, que se llama dormir. Pondera aquí cómo la venida del Esposo tarda al parecer de todos los hombres, porque todos piensan que su vida será larga, y que hay mucho de aquí á la muerte y al juicio que en ella se hace: de donde procede que los buenos dormiten el sueño de la pereza, dando cabezadas de pecados veniales, y los malos duermen con el sueño del pecado mortal, como si nunca hubiese de venir el Juez soberano. Mas reflexiona también cómo todas las diez vírgenes dormitaron y durmieron, porque todos los hombres vienen á caer en enfermedad, ó vejez, ó flaqueza, ó en otra alguna causa, que dispone para el sueño de la muerte, y al fin todos vienen á dormir este último sueño, sin que nadie se pueda escapar de él. Y llámase la muerte sueño, porque, como el sueño, mal que nos pese nos vence, por más que le resistamos y porfiemos, y por entonces nos priva del uso de los sentidos y de todas las cosas de esta vida, así también la muerte; y como viendo la imagen te acuerdas de la cosa que representa, así cuando te acomete el sueño ó te vas á dormir, has de acordarte de la muerte; y en viendo la cama donde se cubre el cuerpo dormido, debieras acordarte de la sepultura donde se esconde el cuerpo muerto. ¡Oh Juez soberano! Libradme del mal sueño de la culpa, para que no venga á dormir mi alma el sueño terrible de la muerte eterna; no se dormite en muchas culpas ligeras, porque no venga á dar en las graves. ¡Oh alma religiosa! Despierta del letargo en que te hallas, porque se acerca la muerte. ¿Te dormitas con la tibieza, ó te duermes por el pecado? ¿Te acuerdas mucho de la muerte para preservarte de este sueño?

**Punto 3.º** *Venida súbita del Esposo.*—Estando las vírgenes dormitando ó durmiendo, súbitamente, á media noche, se oyó un gran clamor, diciendo: «Mirad que viene el Esposo; salidle á recibir». Acerca de esto has de considerar cuidadosamente las circunstancias de este llamamiento, capaz de asustar á los más fuertes, seguros y preparados. Viene súbitamente, cuando menos se piensa, como el ladrón que acecha la ocasión en que los habitantes de la casa están mas descuidados para asaltarla; por

1 Matth., xxv, 6.

lo cual decía Jesús que estuviésemos preparados, porque en la hora menos pensada había de venir. Precede un gran clamor, con el cual se significa la turbación y espanto de aquellos á quienes visita, al modo que los Apóstoles <sup>1</sup> en medio del mar principiaron á clamar, movidos del miedo y espanto que les causaba ver acercarse al Señor sobre las aguas. Viene á la media noche, para indicarte que todos los pecadores y muchos justos quedan tristemente burlados, creyendo que podrán pasar toda la noche de esta vida tenebrosa y que ella ha de ser muy larga, y que han de poder descansar regaladamente durante toda ella; mas de repente, cuando están en la mitad de sus goces y delicias, y cuando descubrían nuevos horizontes de placer y esperaban gozar de él sosegadamente, les asalta la muerte y la venida del Juez. Porque, aunque se llama Esposo, es también Juez, puesto que viene con adorno de esposo para los buenos y con rigor de juez para los malos; viene como esposo para regalar y enriquecer á los que hallare bien dispuestos y aparejados, y como juez para excluir y desechar á los que hallare mal apercebidos. ¡Oh alma mía! Suene á menudo en tus oídos esta temerosa voz, y procura estar aparejada, pues no sabes el día ni la hora en que ha de sonar. Cuando te toca la enfermedad, imagina que es sonido de esta voz para que te apercibas, pues no sabes en lo que ha de parar, y para oirla entonces con seguridad, óyela también cuando vas á comulgar, imaginando que te dicen: Mira que viene tu Esposo; sal á recibirle con el debido aparejo, pues viene para desposarte consigo en misericordia y caridad. ¿Lo practicas de este modo? ¿No temes la venida del Señor?

**Epílogo y coloquios.** ¡Qué prudencia tan provechosa es la de las vírgenes sabias, y qué necedad tan insensata la de las fatuas! Aquéllas tienen las lámparas con aceite; éstas las tienen también, pero sin él, por lo cual de nada les sirven. Así son muchos hombres, y quizás tú mismo has pertenecido á este número; tienen fe sin caridad, resplandor de doctrina sin adorno de virtudes, exterioridades sin virtud interior; bienes que duran hasta la muerte, pero que no les acompañan más allá del sepulcro. Y en este triste, descuidado y peligroso estado se duermen. ¡Oh locura del pecador! Toma precauciones para librarse de los males temporales y materiales, y no se acuerda de los males espirituales y eternos que le pueden coger de sorpresa. Creen ellos torpemente que la muerte está muy lejos, y que el Juez ha de tardar mucho en venir, y así se duermen en los brazos de su abandono, tibieza y pecado. Cuando menos piensen, cuando más descuidados estén, á media noche ó en la mitad de sus días, resonará en sus oídos aquel espantoso clamor: El esposo viene, salidle á recibir. Mas para ellos no será esposo cariñoso, sino

1 Matth., xiv, 26.

juéz severísimo; no vendrá vestido de hermosura para enamorarles, sino ceñido de fortaleza para amedrentarlos; no traerá en sus manos la recompensa, sino una espada de dos filos para acabar con ellos. ¿Querrás tú imitar todavía á las vírgenes fatuas? ¿No te esforzarás en seguir los ejemplos de las prudentes? Si ahora fueses llamado á juicio, ¿cuál sería tu suerte? ¡Oh cristiano! Mira por tí, escudriña y piensa cómo quisieras hallarte en aquella hora temible; y conociéndolo, haz propósitos eficaces y prácticos, pide los auxilios necesarios para ponerlos en ejecución, y no olvides el rogar por los pecadores, por aquellos que hoy tengan que presentarse á juicio, y por lo demás que tienes encomendado.

### 132.—CASTIGO DE LAS VÍRGENES NECIAS.

PRELUDIO 1.º Llegado el Esposo, las vírgenes prudentes que estaban preparadas, entraron con Él en las bodas, y las fatuas no pudieron entrar por no estarlo.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de estar preparado para cuando Dios te llame.

**Punto 1.º** *Inquietud de las vírgenes locas en la venida del Esposo.*—Considera cómo todas las vírgenes, al punto que oyeron la voz de su Esposo, se levantaron y comenzaron á preparar sus lámparas para salir á recibirle; mas, las necias echaron de ver que les faltaba el aceite, y pidiéronselo á las prudentes, las cuales respondieron que **no** podían dárselo, porque todo el que tenían habían menester **para** sí, y que lo fuesen á comprar. Acerca de esto has de ponderar cómo los buenos y los malos han de resucitar y parecer en el juicio universal; y antes de esto, en muriendo, han de abrir los ojos, como quien despierta del sueño que tenían en esta vida mortal, y se han de hallar en el juicio particular, y cada uno ha de llevar su lámpara con el aparejo que granjeó en esta vida, ó sin aceite ó con aceite, poco ó mucho, porque sus obras le han de seguir, ya sean malas ya sean buenas, tales cuales fueron, y, según ellas, ha de ser juzgado. Pondera cuán burlados se hallarán en aquella hora los malos y necios, y cómo caerán en la cuenta de su necesidad, viendo sus lámparas muertas por falta de aceite; y aunque acudan á los buenos á pedir misericordia é intercesión, **no** habrá quien interceda ni abogue por ellos, porque cada uno tendrá hartos que ver consigo, y porque ya cesó el tiempo de intercesión por otros; antes, como por escarnio, les dirán: «Id á comprarlo á los que lo venden»; que es decir: Tarde os habéis acordado, porque ya no hallaréis quien os lo dé, ni os lo venda, ni lo podréis comprar, porque se pasó la hora y el tiempo de la compra. ¡Oh Señor mío amantísimo! Pues que estáis aparejado para venderme este precioso aceite, y aun me dáis para ello el precio, y me convidáis á

que os le compre de balde, haced que oiga con tiempo lo que me inspiráis y haga lo que me mandáis. Avivad mi confianza y devoción en los santos y ángeles, y sobre todo en la Reina de todos, para que sean ahora mis poderosos intercesores y abogados. ¡Oh alma! Escarmienta en estas vírgenes imprudentes, y acude con tiempo á los santos, que te favorecerán. ¿Estás provista del aceite de la caridad? ¿Recibirías con gusto y confianza la venida de tu Esposo?

**Punto 2.º** *Dichosa suerte de las vírgenes prudentes.*—

Considera cómo las vírgenes prudentes, teniendo preparadas sus lámparas, y estando provistas de aceite para cebarlas, salieron al encuentro del Esposo y entraron con Él en las bodas; mas al momento se cerró la puerta. Aquí debes ponderar primeramente cómo, llegando el Esposo á juicio, todas las almas puras y prudentes, que están aparejadas con el aparejo que ganaron en la vida, serán admitidas á las bodas celestiales, en compañía de su dulce Esposo. ¡Oh qué contentas se hallarán por haberse apercebido con tiempo! ¡Oh qué alegres de verse con quien tanto amaron! ¡Oh qué dulzura será la suya, y qué consuelo, cuando vean á su Esposo celestial cara á cara, y le abracen con el amor beatífico, y coman con Él á su mesa los manjares de la divinidad, y beban del río de sus deleites! ¡Oh qué resplandeciente estará la lámpara de su alma con la lumbre de la gloria! ¡Qué ardiente con el fuego de la caridad! ¡Qué devota y alegre con el óleo de la divina consolación! ¡Oh dichosos trabajos que llevan á tan felices descansos! Pondera luego cómo la puerta del cielo se cierra el día del juicio universal, de tal manera, que nunca más se abre para echar de allí al que una vez entró, porque su gloria será perpetua, mientras Dios fuere Dios, gozando eternamente de su compañía, sin miedo de perderle. En esta vida algunas veces te entra el Señor en la bodega de sus vinos<sup>1</sup>, consolándote con sus visitas é inspiraciones, pero siempre queda abierta la puerta; y cuando menos piensas, te echan fuera ó te sales; pero, en entrando en el cielo, luego se cierra la puerta, de modo que ni Dios te echará de él, ni tú querrás nunca salir. ¡Oh entrada dichosa y bienaventurada! ¡Oh lugar seguro! ¡Oh Dios mío! Entre yo cuanto antes en esa bodega celestial y en ese jardín delicioso en que se recrean los bienaventurados, para estar siempre con Vos, alegrándome con ellos. ¿Cuándo iré, Señor, á Vos, y me presentaré ante vuestra soberana presencia? ¡Oh cristiano! Lloro este destierro en que te hallas, y en donde puedes todavía ofender á Dios; y puesto que deseas ir á aquel lugar de seguridad, prepárate con el óleo de las buenas obras, como las vírgenes prudentes.

**Punto 3.º** *Pena de las vírgenes fatuas.*—Considera cómo, viniendo después las vírgenes necias, comenzaron á llamar á la

<sup>1</sup> Cant., II, 4. — <sup>2</sup> Psalm. XII, 3.

puerta, diciendo: «Señor, Señor, ábrenos». Pero Él respondió: «Dígoos de verdad, que no os conozco». Pondera aquí cómo la puerta del cielo estará eternamente cerrada para aquellos que en la hora de la muerte no estén aparejados con las buenas obras; y habiendo sido una vez excluidos, ya para ellos no se abrirá por toda la eternidad. Y aunque giman y den voces, pidiendo á Dios que les abra, no serán oídos; antes les dirá: No os conozco, ni apruebo vuestras vidas: no conozco esas voces ni las quiero admitir: apartaos de Mí<sup>1</sup>, obradores de maldad, condenados al fuego eterno. ¡Oh cuán terrible es esta palabra! ¡Cuán espantosa esta sentencia! Si en tu muerte eres excluido del cielo, para siempre quedarás desterrado de él. Jamás entrarás á ver á Dios. Ya no te mirará tu Criador sino como extraño y enemigo. Perpetuamente aherrojado has de quedar en las oscuras cavernas del infierno. ¡Oh dolor! Mira con cuánta razón concluye Jesús esta parábola, diciendo: «Velad, porque no sabéis el día ni la hora». Imprime firmemente en tu corazón estas palabras; pues á todos y á cada uno en particular se dicen. ¡Oh misericordiosísimo Dios! Templad la justa indignación que contra mí tenéis; reconocedme por criatura vuestra, hecha á vuestra imagen y semejanza, y por esclavo vuestro, comprado con vuestra sangre. Bien merecido tengo que no me conozcáis ni aprobéis para vuestro paraíso, pues con innumerables pecados he borrado en mí vuestra imagen; mas todavía es tiempo de misericordia; veis aquí abiertas las puertas de mi corazón para recibirlos; abridme las de vuestro cielo para recibirme en él, donde os vea y goce para siempre. ¡Oh alma fiel! Ya que has visto y meditado la suerte desventurada de las vírgenes necias, ¿no te decides á velar con la diligencia de las prudentes, para que el Señor no te halle desprevenido? ¿Qué debes hacer al efecto?

**Epílogo y coloquios.** ¡Qué sorpresa tan temible recibieron las vírgenes al oír la voz clamorosa que les anunciaba la llegada del Esposo! Tal será la tuya cuando en la muerte abras los ojos, y te encuentres cara á cara con tu Dios. Entonces sentirás las consecuencias de tu necedad, si, siguiendo el ejemplo de las vírgenes locas, no has procurado conservar tu alma alumbrada con la luz de la fe, y enriquecida con el óleo de la caridad. ¡Qué desengaño tan fatal! ¿Á quién acudirás en aquel instante? ¿Á qué santo invocarás? ¡Ah! El tiempo de prepararse y de merecer ya ha pasado, y comienza el de pagar la pena de tu descuido. Pero, ¡cuán dichoso y afortunado serás si, estando prevenido, como las vírgenes prudentes, puedes salir al encuentro del divino Esposo con el brillo de las virtudes y con el adorno de la gracia! Serás introducido en el gozo de tu Señor<sup>2</sup>, entronizado en un solio celestial, y coronado de alegría y de felicidad;

<sup>1</sup> Matth., vii, 23; Luc., xiii, 27. — <sup>2</sup> Matth., xxv, 21.

en pos de ti se cerrará la puerta del cielo, de modo que jamás puedas salir, ni Dios te querrá echar de aquel océano de delicias. Y aquel mismo Señor que dirá al pecador: no te conozco ni admito como cosa mía, se regalará contigo, te sentará á su mesa, te hará comer en su mismo plato, y te hará participante de su felicidad. Pues, al considerar esto, ¿qué hacemos? ¿Seguiremos, por nuestro descuido, pereza y flojedad, imitando á las vírgenes locas? ¿Es posible que tengamos fe, y no nos despierte y estimule esta meditación? ¿Será que aun en ella está dormitando nuestro corazón? ¡Oh Dios mío! Abrid los ojos de nuestra mente; descubridnos los propósitos que nos conviene formar; concedednos gracia para cumplirlos, y remediad con eficacia todas nuestras necesidades.

### 133.—PARÁBOLA DE LOS TALENTOS.

PRELUDIO 1.º Lo que pasa en el reino de los cielos es como lo que hace un señor que reparte á sus criados los talentos, encargándoles que negocien con ellos.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber negociar con los talentos que has recibido.

**Punto 1.º** *Qué significan estos talentos.*—Considera cómo los talentos de que habla Jesucristo en esta parábola<sup>1</sup> significan el caudal necesario y conveniente para negociar nuestra salvación y la de nuestros prójimos, y todo lo que para esto ayuda. Lo cual puede reducirse á cinco suertes de cosas. La primera abraza los dones y cualidades de naturaleza, así de cuerpo como de alma, como es salud, fuerzas corporales, habilidad, ingenio, viveza de sentidos, y, sobre todo, la lumbré de la razón, que es común á fieles é infieles, la cual descubre el bien y el mal, inclinando á seguir lo bueno y á huir de lo malo<sup>2</sup>. La segunda abraza los dones y partes adquiridas por industria humana, como son riquezas, honras, dignidades, ciencias y artes, virtudes morales y políticas, todo lo cual también es don de nuestro Señor, y puede ayudar á nuestra salvación. La tercera abraza las virtudes sobrenaturales comunes á los fieles, así buenos como malos, como son la lumbré de la fe, la virtud de la esperanza y el derecho para usar de los Sacramentos de la Iglesia, con los cuales se negocia la gracia y la salvación eterna. La cuarta abraza la misma gracia y caridad, con las virtudes y dones que la acompañan, con las cuales se negocia el aumento de los merecimientos y de los premios eternos. La quinta encierra todas las gracias *gratis datas*, que se ordenan para edificación de la Iglesia y para salvación de los prójimos, como son: gracia de entender las divinas Escrituras, de predicar y enseñar, don

<sup>1</sup> Matth., xxv, 14; Luc., xix, 12. — <sup>2</sup> Psalm. xxxvi, 27.